

INTERVENCIÓN DE ANTONIO FERER
“RENTA BÁSICA EN ESPAÑA. ¿EXISTE UN DEBATE?”
MADRID, 12 de diciembre de 2001

Independientemente de la opinión que se tenga sobre la renta básica, el debate sobre la misma es doblemente oportuno, en primer lugar, porque nos incita a repensar nuestro modelo de Estado de Bienestar y la validez o no de las políticas tradicionales de protección social. En segundo lugar, porque la pobreza tiene hoy nuevos perfiles. Si a principios de los años 80 la pobreza se concentraba fundamentalmente en las personas mayores, hoy ya no es así, entre otras razones por los mayores incrementos de las pensiones mínimas en las dos últimas décadas y por la puesta en marcha de las pensiones de carácter no contributivo. Si bien la pobreza sigue existiendo en hogares constituidos por personas mayores, fundamentalmente mujeres, la pobreza se concentra hoy en aquellos hogares constituidos por desempleados con cargas familiares pero incluso en aquellos otros de trabajadores con contrato precario y mal remunerado. El tener trabajo no evita la pobreza a buen número de ciudadanos.

Al igual que hemos defendido sistemas universales de pensiones, de sanidad, de educación y de servicios sociales, UGT también ha venido defendiendo un sistema de garantía de rentas mínimas para todos los ciudadanos ante situaciones de necesidad. Fuimos pioneros al redamar las rentas mínimas ya en 1988 y que se plasmaría posteriormente en la Propuesta Sindical Prioritaria (PSP) conjunta con CCOO de 1989. Ya en aquellas fechas en los seminarios y documentos que realizamos en UGT se empezó a discutir acerca de la renta universal incondicionada propuesta ya en 1986 por **Van Parijs**. En apretada síntesis, se dedujo que si tal renta fuese lo suficientemente alta como para atender de forma aceptable las situaciones de necesidad los costes serían inabarcables, salvo que su financiación se hiciese a costa de las actuales prestaciones sociales, posibilidad que rechazamos de plano. Si, por el contrario, la renta básica fuese de una cuantía baja no cumpliría con su principal objetivo: combatir la pobreza.

La UGT al igual que el conjunto del movimiento sindical europeo ni antes, ni creo que tampoco ahora, es muy proclive a ciertas concepciones de la renta básica como subsidio o renta universal **que reemplace** el actual marco de prestaciones. Para nosotros la renta básica o mínima sería la **última** red, nunca la **única** red de protección social.

En ningún país se ha llevado a la práctica esa propuesta en su versión más radical de renta incondicionada aunque sí ha habido en algunos países un reforzamiento de las rentas mínimas **condicionadas**.

El que tenga tan escaso eco puede obedecer a múltiples razones.

En primer lugar, porque en la mayoría la Seguridad Social se rige por el concepto de "seguro" por el cual los trabajadores cotizan para percibir una prestación determinada según la contingencia y en razón de esas cotizaciones reciben la prestación correspondiente. La idea de "contingencia" sigue teniendo valor, al menos en algunos supuestos: es evidente que no se puede proteger igual a un gran discapacitado que a otra persona sin discapacidad, o a una familia con un hijo que a otra con cuatro, etc. En suma, existe una fuerte desconfianza y oposición a una renta idéntica para todo ciudadano, sea director de un banco o indigente, que sustituya lo existente. Que fiscalmente las rentas altas reciban más del Estado (vía deducciones) que los que tienen menos rentas, situación que no aceptamos y que es preciso transformar, no debe conducir a prestaciones idénticas para todos.

En segundo lugar, porque esa propuesta supondría una merma importante en el actual nivel de algunas prestaciones. Por su carácter universal e incondicionado tendría una eficacia protectora baja.

En tercer lugar, porque reforzaría la complementación privada, por ejemplo de las pensiones, lo que aumentaría la desigualdad ante la vejez o la discapacidad.

Por último, porque la protección social, en el sentido que le damos en Europa, es una compleja arquitectura social con múltiples implicaciones de todo orden (mercado de trabajo, cohesión social, empleo, etc.). A título de ejemplo, supongamos que esa renta básica sustituye, entre otras, a las prestaciones por desempleo pero no a las pensiones. Por su propia filosofía, con el abono de la renta básica desaparece cualquier otra prestación. Pues bien, en la actualidad, y en todos los países, la prestación por desempleo además de la protección económica cubre las cotizaciones para pensiones durante ese período. Con la renta básica desaparecerían esas cotizaciones lo que derivaría en una menor pensión futura.

A favor de la renta básica se esgrimen, por el contrario, otros argumentos tales como su sencillez (que es un criterio administrativo pero no protector), lo que eliminaría parte de los costes ligados a la administración de las diferentes prestaciones actuales, pero, sobre todo, porque reforzaría el papel de los más precarios o más débiles en la sociedad y en el mercado de trabajo.

Respecto a esta última cuestión, como se ha demostrado en el Reino Unido (renta básica que se abona incluso a ciertos trabajadores de bajos ingresos hasta complementar el nivel de aquella), la complementación del salario mediante una prestación lo que hace es animar a los empresarios a reducir el salario de esos perceptores. No albergo muchas dudas de que en el caso de que esa renta básica fuese compatible con el trabajo, los empresarios españoles reducirían los salarios en una cuantía más o menos equivalente.

Otra alternativa, socialmente más aceptable pero de difícil viabilidad económica, sería aquella que viene propugnando una renta básica incondicionada sin tocar el resto de las prestaciones sociales públicas, a lo sumo ciertas prestaciones de corta duración. Lo definitivo aquí sería la dosis de unas y otras. Dada la limitación de recursos, el peligro radica en la reconducción de las prestaciones de la Seguridad Social hacia los mínimos de renta.

Sí nos parece mucho más interesante del debate sobre la renta básica, la idea central de que haya una **mayor conexión entre la fiscalidad y las prestaciones**, para lo que es prioritario que ciertas deducciones fiscales se reconduzcan a prestaciones directas a través de la Seguridad Social; eso es evidente, por ejemplo, en la protección familiar (sea por ascendientes o descendientes). Y en todo caso, por un mínimo criterio de justicia tributaria, todas aquellas adaptaciones del impuesto a las circunstancias personales y familiares deben realizarse en la cuota y no en la base.

Frente a la renta básica incondicionada y sustitutiva de todas o algunas prestaciones sociales, somos partidarios de una protección que resumiré en los siguientes puntos:

1º Regulación mediante una Ley Marco o de mínimos del derecho a una renta mínima con el fin de alcanzar una cierta homogeneidad en todo el Estado a esta figura protectora establecida en la mayoría de las Comunidades Autónomas. A través de dicha Ley se debería garantizar:

- la igualdad real de los ciudadanos, independientemente de la Comunidad de residencia;

- que esas rentas mínimas han de concederse en tanto dure el estado de necesidad;
- que las cuantías mínimas que se establezcan han de permitir una asistencia económica apropiada (no sólo biológica);
- que el nivel de recursos a tomar en cuenta para conceder las prestaciones sea lo más similar posible;
- que la edad mínima de acceso sea a los 18 años de edad.

Se trataría, pues, de una renta mínima condicionada a la carencia de rentas y desde luego no sustitutiva de otras prestaciones sociales públicas. Una renta mínima de estas características no evita, desde luego, la estigmatización pero dudo que la evite la renta básica universal. Como han puesto de manifiesto algunos trabajos sobre esta cuestión, más que la prestación lo que estigmatiza es la falta de trabajo.

- 2º Para combatir la pobreza, además de las rentas mínimas se precisan políticas concretas en materia de servicios sociales, vivienda, educación, etc. con el fin de favorecer la integración social y laboral.
- 3º Las actuales y antiredistributivas deducciones fiscales por hijos a cargo, por cuidado de ascendientes y discapacitados, etc. deben reconducirse hacia prestaciones directas del sistema de protección social que habrán de ser de mayor cuantía.
- 4º Debe simplificarse la actual e incomprensible maraña de requisitos de renta u otros para el acceso a las prestaciones. En la actualidad existen diferentes requisitos para una misma situación de necesidad, la carencia de rentas.
- 5º En el actual contexto de descentralización productiva, de rotación y precariedad, de alternancia entre el trabajo por cuenta ajena y por cuenta propia, de nuevas formas de trabajo etc. es evidente que la protección por desempleo ha de repensarse desde parámetros más complejos. La garantía de una renta mínima y suficiente, condicionada o no, ha de ser el primer paso pero no el único.
- 6º Por último, la política fiscal ha de estar mucho más presente en los debates sobre la protección social. La regresiva introducción del mínimo personal y familiar en la última reforma de IRPF ha sido uno de los actos más perversos, socialmente hablando, de los últimos años.

Quisiera concluir señalando la oportunidad de este debate pues nos obliga a repensar en la idoneidad o no de lo poco que tenemos. Desde mi punto de vista, algunos instrumentos tradicionales de protección siguen teniendo total vigencia pero se hace absolutamente necesario establecer otros nuevos para una sociedad cada vez más compleja. Lamentablemente, hoy los derroteros van por otro lado.

Hoy en España y en Europa los debates se enfocan hacia dos objetivos casi únicos. El primero, el reforzamiento del principio de la contributividad en las prestaciones a largo plazo y la contención de su gasto. El segundo, la eliminación de incentivos para que hagan menos atractivas las prestaciones sociales que el trabajo. El primero cuestiona la solidaridad social, el segundo condiciona cada vez más las prestaciones a corto plazo, como el desempleo o las rentas mínimas. Por todo ello, el debate sobre las rentas básicas o mínimas debe tener también presente las agresiones cotidianas a nuestro magro Estado de Bienestar.